

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
ANÉCDOTAS DE ESCRITORES	13
ANÉCDOTAS DE PERIODISTAS	49
ANÉCDOTAS DE ACTORES	59
ANÉCDOTAS DE MÚSICOS	71
ANÉCDOTAS DE POLÍTICOS	77
ANÉCDOTAS DE REYES Y ARISTÓCRATAS	107
ANÉCDOTAS DE MÉDICOS	127
ANÉCDOTAS DE TABERNAS	135
ANÉCDOTAS DE HOTELES	143
ANÉCDOTAS DE TOREROS	149
ANÉCDOTAS DE LAS GENTES MADRILEÑAS	157
MIS ANÉCDOTAS MADRILEÑAS DEL SIGLO XXI	179
BIBLIOGRAFÍA	187

MODO DE EMPLEO DEL LIBRO:

Administrar una anécdota al día, preferentemente con el desayuno, para empezar bien la jornada. En pacientes con melancolía persistente, administrar varias anécdotas al día, una con cada comida.

INTRODUCCIÓN

Madrid es una ciudad viva (salvo en agosto), despierta (no podía ser de otra manera siendo tan ruidosa) y acogedora (más nos vale, si queremos que vengan turistas).

Madrid, ciudad de aluvión a la que siempre regresa el fugitivo, capital de un país saturado de contrastes, epicentro del imperio de los Austrias, rompeolas de todos los tsunamis y toda una serie de cataclismos de parecida índole, tiene muchas historias que contar.

Este libro es una recopilación de anécdotas divertidas de la historia de nuestra ciudad. He seleccionado dos centenares y medio de anécdotas, buscando especialmente las que proceden del ingenio y de la inteligencia humana. Reírse de quien resbala sobre una piel de plátano es muy fácil y no me parece interesante (salvo que resbale alguno de nuestros mandatarios). Tampoco busco la anécdota intelectualizada que solo la entiende usted, pero no yo. La intención es que el lector se ría y sonría con historias reales, cuya chispa se produjo sobre todo por el gracejo de sus protagonistas. Historias, historietas, hablillas, chascarrillos, salidas de tono, respuestas inesperadas y desternillantes, acontecidas en la actualidad y en los siglos pasados. Nuestros protagonistas son personajes célebres, escritores, actores, artistas, músicos,

periodistas, políticos, médicos, reyes, nobles, y también gente común. Garantizamos al lector que la criba ha sido intensa. Hemos desechado innumerables anécdotas que no han resistido bien el paso del tiempo; historietas que hicieron reír a nuestros antepasados pero que hoy ya no producen el mismo efecto (es lógico; ellos, los antepasados, están ahora en otras cosas).

Del siglo xx son algunos de los mejores contadores de chascarrillos. Queremos recordar al mejor recopilador de anécdotas de nuestro país: Antonio Asenjo Pérez (Madrid, 1879–1940). Asenjo, cuyo seudónimo era *Niskuito*, fue periodista, escritor y dramaturgo; maestro del humor fino, elegante y agudo. Más cercano a nuestro tiempo está Luis Carandell, entrañable cronista de nuestra Celtiberia, con una retranca formidable. Por su parte, Antonio Díaz Cañabate rescató de las tertulias madrileñas sabrosas historias. Varios humoristas utilizaron la anécdota como fuente de inspiración, especialmente Miguel Gila. La radio española, que vivió una edad de oro en las tres últimas décadas del siglo xx, ha sido una plataforma inigualable para la difusión de las anécdotas. Quiero nombrar también a mi tío–bisabuelo, Luis de Oteyza, periodista y autor de varios libros de anécdotas de la Historia.

Hace poco coincidí con un grupo de turistas franceses jubilados. Me llamó la atención un comentario que hicieron:

«Nosotros estuvimos en Madrid de jóvenes, y la gente era más alegre y sonreía más».

Si esto es así, es una pena; por lo tanto, vamos a intentar remediarlo, en la medida de nuestras posibilidades. Este es el séptimo libro que escribo sobre temas madrileños, y he querido que sea un libro para sonreír y para reírse.

ANÉCDOTAS DE ESCRITORES

El mejor filón de anécdotas de nuestra historia está protagonizado por los escritores. La razón es muy sencilla: los escritores escriben, y de ese modo nos ha quedado constancia de sus vivencias. Pero además, los escritores, exceptuando algún premio Nobel, son gente muy ingeniosa, con lo que cualquier situación puede desembocar en una jugosa anécdota; y si se diera el caso de que algún escritor de anécdotas compilara esas historias en un libro, pues tendríamos un libro de anécdotas de escritores, que en cierto modo es lo que hemos intentado escribir. No sabemos si nos sigue, pero eso no es lo importante. Lo importante es que siga a nuestros grandes escritores.

Bien, quisiera comentar una cosa. En una época en que la propia supervivencia de los escritores está en peligro, hay que recordar que muchos de los mejores ratos de nuestra vida nos los proporcionan los libros. Nadie medianamente inteligente se comería a la gallina de los huevos de oro, pero hay unos cuantos piratas que están dispuestos a hacerlo. Lo cierto es que muchos pagaríamos con oro por poder tomarnos unas cañas con Quevedo, Valle-Inclán, etcétera. Eso está complicado, ya que necesitaríamos una autorización del Ministerio del Tiempo. En fin, siempre nos queda el recurso de conocer sus obras y también sus anécdotas, que es otra manera de estar un rato en su compañía.

FRANCISCO DE QUEVEDO: LA RESPUESTA INGENIOSA

Quevedo es el escritor del Siglo de Oro español al que más anécdotas y golpes de ingenio se le atribuyen. Su carácter locuaz y avisgado le llevaría a protagonizar toda suerte de sucedidos jocosos, si bien hoy se tiende a pensar que buena parte de su anecdotario es apócrifo. La fama de Quevedo dio tanto de sí que las gentes inventaron chistecillos protagonizados por el escritor. De la serie de anécdotas quevedianas hemos escogido las que mejor encajan con el carácter y el estilo del escritor, y nos reafirman en el dicho: «*si non e vero, e ben trovato*».

- Su majestad es coja

El calambur más famoso de la historia de la lengua española se atribuye a Quevedo, quien se atrevió a llamar «coja» a la reina Isabel de Borbón. Isabel, consorte de Felipe IV, padecía una pequeña cojera, y le enojaba mucho que le recordaran su defecto físico. Cuentan que Quevedo hizo una apuesta con sus amigos según la cual el escritor le espetaría a la reina en sus propias narices que era coja. Los amigos pensaron que no se atrevería, y apostaron convencidos unos buenos dineros. El caso es que, con motivo de un festejo, Quevedo apareció en el Real Alcázar portando un clavel y una rosa. Acercándose a la reina, el poeta le dio a escoger una flor con estas palabras:

—Entre el clavel y la rosa, su majestad escoja.

Con lo cual, ganó la apuesta.



Francisco de Quevedo